

Llegó á ser el pintor mas famoso de su tiempo y ganó mas de 55,000 ducados; jamás faltó en su mesa un grande de España y su casa se vió frecuentada por los principales señores de la corte.

Hora es ya de que pasemos á la otra historia que es como el reverso de la medalla de esta que acabamos de contar.

EL BRAZALETE DE PERLAS.

I.

UNA VISITA Á DESHORA.

Con la facultad que tiene todo escritor de poder destapar, como el diablo cojuelo, los techos de las casas para que sus lectores logren formarse una idea exacta y completa del lugar de la escena y de los personajes que deben entrar en la accion, empezaremos por quitar de un soplo el tejado de un solitario pabellon situado no lejos del cuerpo principal de palacio, en los frondosos y pintorescos jardines del Pardo.

Una sala octógana se presentará á nuestra vista, sala adornada con un lujo verdaderamente deslumbrador. Vense tapizadas las paredes de seda azul celeste sembrada de estrellas de plata bordadas; graciosos pabellones de gasa blanca que se parecen á grupos de apiñadas nubes cuelgan ante todas las aberturas; un hermoso fresco de asunto mitológico adorna el techo, y muelles y blandas alfombras que ensordecen los pasos tienden por el suelo sus tiras y sus caprichos de colores. Los muebles están en armonía con este lujo; una mesa de tocador ve á dos ánjeles de bronce dorado sostener airoso encima de ella un ovalado y pulido espejo, y corre al rededor de la estancia una fila de holgados sillones color de grana, que se divide al llegar á un dormitorio indicado por dos columnas de jaspe entre las cuales ondu- la un cortinaje azul de anchos pliegues con su franja de plata.

Cualquiera hubiera creído á primera vista que era esta coqueta estancia el gabinete de una hermosa dama, pero no hubiera tardado en volver de su error al ver tirados y esparcidos con descuido por los asientos varios ricos trajes de hombre, al ver tambien encima una mesa dorada que se levantaba en medio de la sala un sombrerito con gallardas plumas al lado de una linda espada de corte, y al ver sobre todo junto á dicha mesa, á un hombre que, holgadamente sentado en un sillón, y en traje de casa, tenia la cabeza hundida entre las palmas de las manos con las cuales se rascaba de cuando en cuando la cabeza ó se daba golpes en la frente, como si se inquietára por una idea tarda en concebir ó por una combinacion que se le negaba á corresponder á sus deseos.

La brisa nocturna que penetraba por una ventana entreabierta iba á refrescar la frente de este hombre que aun mostraba hallarse en todo el vigor de la juventud, pues lucian sus fuegos en su rostro y ojos. En el momento en que le sorprendemos sentado á la mesa de su gabinete y ante un papel con algunas líneas escritas, aquejábale una estraña preocupacion y murmuraba palabras inconexas que pocos hubieran acertado á comprender.

— Hiel.... — decia meditabundo, — dosel,..... laurel,.... maldito conso- nante! A que no acierto á salir del atolladero en que estoy metido?... fiel.... él,... aquel,... papel,... piel... cordel,.... joyel,... nada de esto me sirve. Maldito quien me ha metido á hacer versos! Yo no se mas que galantear en prosa.

Y rechazó con gesto airado el papel en que tenia fijos los ojos. Sin embargo, á los pocos momentos volvió á recojerle y sumergiósese de nuevo en su cavilosa meditacion. Tan absorto estaba, que no oyó un ruido cercano que sonó en los jardines como de presurosas pisadas de varios hombres, ruido que permitió claramente distinguir el silencio sepulcral de la noche. Algunos de los pasos pararon al pié de la ventana del pabellon, removiósese en seguida con violentas sacudidas un árbol que junto á esta ventana desple- gaba sus frondosas ramas y, á estar el habitante del pabellon menos ensimis- mado, hubiera podido ver asomar una cabeza á flor de la abertura. A poco, un hombre hacia violentos esfuerzos para alcanzar el antepecho, con- seguíalo al fin y empujando los postigos entrabiertos saltaba en el inte- rior de la estancia cerrando tras si la ventana y asegurándola.

Al rumor, el pensativo huesped del aposento levantó la cabeza y vien- do frente de él á un desconocido que se recataba el rostro con el ferreruelo, cojió la espada que habia encima de la mesa y la desnudó con preci- pitation, levantándose para dirigirse hácia aquel estraño personaje.

— Quién sois? — le dijo con arrogancia levantando la espada; — es este modo de asaltar las casas de los caballeros?

El recién entrado no dió mas contestacion que descubrirse quitándose el embozo del ferreruelo que encubria su semblante.

El acero cayó de las manos del habitante del pabellon que murmuró sorprendido y asombrado:

— Princ.....

El otro personaje poniéndole una mano en la boca le impidió continuar. En seguida le dijo con voz suave y baja:

— Silencio por Dios, marqués, silencio!

Y le indicó con el gesto el rumor de unos pasos que se detenian al pié de la ventana y á los cuales sucedia un cuchicheo que la tranquilidad de la noche permitia llegar á oídos de los dos personajes que ocupaban la estancia.

— Os perseguian? preguntó en voz baja el marqués.

— Sí, — murmuró el otro — pero afortunadamente he visto luz en tu pabellon y me he encaramado hasta la ventana abierta. Dios me ha deparado este medio de desorientarles.... Lo ves? — añadió siempre en voz baja y haciéndole notar el rumor de pasos y voces que se alejaban, — han perdido mis huellas, prosiguen su camino.

— V. A. hace mal en aventurarse solo y á tales horas de la noche por los jardines.

— Que quieres! — respondió el príncipe con cierta volubilidad y con una sonrisa que se dibujó en sus labios — lo exijan así compromisos galantes.

— Y esos hombres que á V. A. perseguian?

— Serian asesinos.

— Asesinos! lo creéis así?

— Porqué no?

— Asesinos en los jardines de palacio!

— Tan poderoso puede ser mi rival que.....

— Ah! con que lo cree V. A. obra de un rival?

— Oh! mucho me lo temo — dijo el príncipe cuyo rostro cubrió un baño de melancolía, — mucho me lo temo, marqués. Y aun todo irá bien mientras no se realicen los presentimientos funestos que me aquejan. Si han llegado á conocerme, marqués, estoy perdido y perdida tambien la muger que adoro.

— Permitame V. A. que no comprenda lo que acaba de decirme, — dijo

con respetuoso ademan y acento el marqués; — no hay ningun rival por poderoso y grande que sea, capaz de causar ni la menor sombra de perjuicio al príncipe Cárlos hijo del ilustre Felipe II. Quién puede á tanto atreverse?....

— Oh! es que tú no conoces á mi rival, marqués! — dijo con acento sumamente triste el jóven príncipe.

El marqués se quedó un momento suspenso, pero abria ya los labios para contestar, cuando el martillo de bronce de la puerta dejó oír sonoros y repetidos golpes. El príncipe se estremeció y se puso escosivamente pálido. El marqués espermentó tambien cierta natural inquietud.

Oyóse como un criado abria la puerta del pabellon y pudieron nuestros dos personajes distinguir una voz que preguntaba por el marqués de Poza.

— Oh! — murmuró Cárlos, — es la voz de Antonio Perez, del favorito de mi padre. Si me encuentra aquí, soy perdido.

El de Poza se adelantó y descorrió la cortina azul que cerraba el dormitorio.

— Entrad aquí, príncipe mio, que aunque es muy pobre lugar para alojar á V. A., en él estará seguro y nadie se atreverá á pisarlo mientras yo viva.

— Gracias, marqués; sois leal como ninguno.

Y se entró precipitadamente en el dormitorio. La cortina, cayendo tras él, no habia aun vuelto á recobrar su inmovilidad, cuando Antonio Perez, porque era el mismísimo secretario de Felipe II, que no habia querido dejarse anunciar, aparecia en el umbral y paseaba por el gabinete una mirada de águila buscando con aquella penetracion que le distinguia un detalle, un objeto, una cosa cualquiera que pudiera dar pábulo á sus sospechas. Pudo con tanta mayor comodidad examinar la estancia, cuanto que el marqués de Poza habia tenido tiempo de volverse á sentar á la mesa y de continuar con toda apariencia de tranquilidad su tarea interrumpida pocos momentos antes. Con una mano sosteniendo una pluma y descansando en el puño cerrado de la otra las sienes, el marqués movia los labios dejando escapar de vez en cuando algunas palabras.

— Tropell!... dosell!... es un consonante endemoniado!

Antonio Perez no vió absolutamente nada que pudiera irritar sus recelos, si es que los traia. A mas, aquella completa tranquilidad del marqués entregado á una tarea tan pesada como la de buscar consonantes, hu-

biera acabado de tranquilizarle respecto á sus sospechas si no lo hubiesen hecho ya el órden y armonía que reinaban en la estancia.

— Con que el señor marqués de Poza es tambien poeta? — dijo el secretario de Felipe II adelantándose hácia la mesa con un semblante hipócrita y su lento paso de raposa.

El marqués se volvió y levantó precipitadamente, y con toda la injenua sorpresa del hombre que, en el momento en que menos lo piensa, se ve desagradablemente interrumpido,

— Oh! Señor Perez! exclamó tendiéndole la mano por encima la mesa.

— Vuestro muy humilde servidor.

El marqués se apresuró á acercarle un sillón invitándole á tomar asiento.

— A qué debo el honor de vuestra visita tan á deshora? — preguntó el marqués despues de los primeros cumplidos.

— Muy sencillo, — contestó Perez con un tono tan natural que quien no le hubiese conocido lo hubiera tomado por la espresion de la mas cordial franqueza. — Heme retirado muy tarde del despacho ordinario con S. M. (Q. D. G) y pasaba por junto á vuestro pabellón dirijiéndome á mis aposentos cuando, viendo luz en la ventana, se me ha ocurrido una idea y me he dicho: voy á visitar al marqués con quien hace tiempo que estoy en deuda de una visita; estará ocupado en su galante correspondencia y acaso no le pesará distraerse un momento para estrechar la mano de un buen amigo. Esto me he dicho y aquí me teneis.

— Y muy bien que habeis hecho, Señor Perez, y mucho que os lo agradezco — contestó el de Poza con fina sonrisa — Cónstame en verdad lo atareado que os tienen los asuntos de estado durante el dia, para no agradecer el sacrificio que me haceis de algunos momentos que hubierais podido dedicar al descanso. Vuestra visita á deshora me es pues doblemente grata.

Y volvieron á empezar los cumplidos mas ceremoniosos por una y otra parte. Sin embargo, bajo aquellas atentas sonrisas de cortesanos, tras de aquellas protestas de buena y franca amistad, habia la total indiferencia del corazón.

— Estabais escribiendo versos, me parece, marqués — dijo Antonio Perez de pronto; — á lo menos os he oido murmurar no se qué de consonantes.

— En efecto, — exclamó el de Poza, sonriendo con toda naturalidad, — era lo único que me faltaba para ser un completo calavera como me llamais vosotros los graves hombres de estado. Qué calavera no sabe un poco de hacer versos?

— Luego contamos ya con un poeta mas en nuestras Españas?

— Poco á poco. Las nueve hermanas no se han dignado aun prestarme para ello decidida proteccion. Y la prueba es que hace dos horas estoy á vueltas con un maldito verso, detenido en mi inspiracion por falta de consonante.

— De consonante nada mas?

— Nada mas.

— Y un hombre como vos se apura por consonante mas ó menos?

— Os parece poco?

— Hacedme el gusto de leer los versos y vereis como yo os lo encuentro al instante.

— Seriais por acaso poeta? vos! un hombre de Estado!

— La poesia no está reñida con la diplomacia.

— Con que sois poeta? Ja! ja! ja! — exclamó el marqués lanzando una estrepitosa carcajada. — Vos! todo un secretario de Felipe II! vos poeta!

Y continuó el jóven sus carcajadas. Antonio Perez se mordió los labios.

— No lo soy ahora, pero fuilo en mis mocedades. Sin embargo, recuerdo lo suficiente para poder dar un consejo y para hallar sobre todo un consonante.

— Os tomo la palabra. Completadme mi poesia y me hareis el hombre mas feliz de la tierra.

— Oh!

— Sí, porque me evitareis el fastidio de pasar otras dos horas quebrándome los cascos.

— Acepto el compromiso, solo por seros agradable.

— Pues entonces, oid; pero atended que son versos de principiante.

— Es modestia?

— Vais á verlo.

Y el marqués empezó á leer con arrogante entonacion:

Por vos suspira un corazón amante

preso en las redes del mas puro amor,

es adicto y leal, firme y constante!....

Tratareisle, señora, con rigor?

No habrá, ay de mi! señora, en vuestros ojos

ni un destello siquier de compasion?...

Al rigor de esos pérfidos enojos

matar querreis al pobre corazón?...

Miradme á vuestros piés: paz ni sosiego

hallar no puede ya mi pecho fiel,

si no enjugais mis lágrimas defuego....

Y de aquí no he pasado. Hame sido imposible hacer un solo verso mas.

—Pues la cosa seria muy fácil — dijo Antonio Perez clavando sus ojos en el semblante del marqués como si quisiera leer en él la emocion que podia causarle lo que iba á decir, — la cosa seria muy fácil, si la muger á quien se dirijen esos versos se llamara Isabel.....

Y aquí se detuvo Perez esperando un movimiento que el de Poza no hizo.

—Pues que entonces, — continuó sin dejar de mirarle de hito en hito — podriais concluir por ejemplo:

Si no enjugais mis lágrimas de fuego
con torrentes de amor, tierna Isabel.

—Teneis razon; nada mas fácil — dijo el marqués — si la dama en cuestion se llamara Isabel, pero como se llama Aura, yo no puedo concluir: *con torrentes de amor, tierna Aura.*

—Ya se vé. Y á propósito! Aura habeis dicho? Yo conozco este nombre. Aura..... Aura de Villa Medina quizá?

—Cabalmente.

—Ah! la mas hermosa de las camaristas de la reina, la protegida de la princesa de Eboli..... No teneis mal gusto, marqués! Os felicito.

—Pues qué, no sabiais?

—Que la hicierais la corte? No por cierto.

—Es mi desposada. Nuestro enlace fué ya dispuesto por ambas familias cuando estábamos aun en la infancia.

—Perfecta pareja hareis, os lo aseguro. Vos gallardo y ella hermosa.....

—Sois un bribon, marqués! La fortuna os sale al encuentro. Pero, en fin, volviendo á nuestro asunto, me habeis picado el amor propio y he de merecer de vos que me dejeis los versos que me habeis leido. Yo os los devolveré mañana con el consonante que os falta. Poco he de valer ú os los he de dar completos.

—De veras lo tomais con tanto empeño?

—Como si fuera un negocio de estado.

—Pues entonces no quiero disgustaros. Terminadlos, señor Perez, y hede proclamar, si lo haceis, por todas partes.....

—Qué?

—Que sois tan hábil poeta como perfecto secretario.

Antonio Perez se inclinó y guardó el papel con los versos del marqués.

—Cómo! os vais ya? — dijo este viendo que se levantaba.

—Sí, la noche está muy adelantada, y ya sabeis que mi deber me obliga á presentarme muy de mañana en palacio.

El marqués se levantó tambien para hacerle cortesía á su huésped. Antonio Perez volviendo entonces los ojos en torno suyo:

—No en valde, — dijo, — tiene fama en la corte de ser el marqués de Poza el caballero mas galan y de mas buen gusto.

—Porque lo decís?

—Porque observo que teneis vuestra habitacion regiamente adornada. Hermosos tapices, pardiez! lindísimas colgaduras! Y..... calla! — exclamó de pronto Antonio Perez mirando á todos lados como si se evocara un recuerdo en su memoria; — sí, este pabellon..... este pabellon es el mismo..... mirad, allí, en el fondo de aquel dormitorio — dijo esto señalando la cortina azul — allí veo al príncipe Carlos.....

Al oir este nombre tan brusca y repentinamente arrojado en medio de la conversacion, el marqués de Poza no pudo contener un estremecimiento y, sin que le fuera posible dominarse, volvió los ojos hácia la alcoba, cuya cortina se movió de un modo demasiado significativo para poder dejar de conocer que alguien se escondia tras ella. Antonio Perez lo vió todo con aquella rapidez de penetracion que le distinguia, pero hizo como si no hubiera notado nada y continuó su frase empezada con la misma calma que ponía siempre en su habla:

—A nuestro muy amado príncipe, cuando le aquejó aquella enfermedad terrible que amenazaba llevársele al sepulcro, lo que hubiera sido una bien grande desgracia para nuestros reinos. Sí, sí, este era el pabellon que el príncipe ocupaba. No os acordais, marqués?

Y el secretario volvió sus ojitos de águila hácia el de Poza en cuyo rostro pudo aun leer los últimos restos de la turbacion que le habia sobrecojido al oir el nombre del heredero del trono.

—No, no tengo presente, — balbuceó el interrogado apelando á toda su fuerza de voluntad para serenarse.

—Oh! pues yo lo recuerdo perfectamente. Este pabellon guarda tristes memorias para toda la familia real que aquí se halló reunida la noche que se creia seria la última para el príncipe. Mirad, precisamente ahí donde vos os hallais ahora, — dijo Antonio Perez señalando el sitio en que se hallaba como clavado el marqués á quien no permitía acabarse de serenar el giro diabólico que tomaba la conversacion, — precisamente ahí mismo estaba S. M. Felipe II, grave y pálido como un difunto, aguardando el término de la crisis fatal que debia ser la muerte ó la vida de su hijo. Oh!

aun me parece estarlo viendo. De pié y apoyada en el respaldo de su sillón estaba la reina Isabel, con la cual hacia solo quince dias que se habia enlazado. La pobre reina volvía á cada momento hácia el dormitorio y hácia el lecho en que agonizaba el príncipe unos ojos en que se pintaba la mas desgarradora angustia, sin duda porque comprendía el conflicto en que toda una nacion iba á verse con aquella muerte. Yo estaba inmóvil como una piedra allí junto á la mesa, y..... aguardad; voy á enseñaros el sitio en que se hallaba la princesa de Eboli cuando, burlada por un desmayo del príncipe y creyéndolo la inmovilidad de la muerte, exclamó desde el pié de la cama, no pudiendo contener un sollozo: «Oh! el príncipe ha muertol!» Mirad, voy á mostraros el sitio mismo desde donde resonaron aquellas terribles palabras.

Y Antonio Perez, con una precipitacion que no tenia por costumbre, se encaminó hácia la alcoba, cuyo cortinaje habia ya cojido é iba á descorrer, si arrojándose hácia él el marqués, no le hubiese detenido el brazo.

—Perdonad, señor Perez.

—Cómo!—dijo este haciéndose el admirado y sin soltar la cortina.

—Hay aquí.....—baluceó el marqués que no sabia como espresarse,

—Qué hay?

—Hay en este dormitorio un retrato de muger—dijo por fin el de Poza resueltamente,—que no deseo sea visto por nadie.

El secretario se mordió los labios de una manera imperceptible, pero no soltó aun el cortinaje.

—Una rival de la pobre Aura, vuestra futura?—dijo con una risita diabólica.

—Puede,—respondió con firmeza el de Poza.—De todos modos es retrato que nadie ha visto y que nadie verá.

—Respeto vuestros secretos,—dijo Perez abandonando los pliegues del cortinaje con visible señal de despecho;—yo solo intentaba enseñaros el sitio donde estaba la princesa de Eboli la noche de que os hablaba. Con que, no quiero molestaros mas con mi visita, marqués.

—Molestarme!—exclamó el marqués conduciendo á Perez como inadvertidamente hácia la puerta;—molestarme con vuestra visita! Al contrario, me ha sido muy grata, os suplico que lo creais.

—Lo creo, puesto que me lo decís.

—Oh! no lo dudeis. Recibiré á particular complacencia el que la repitais.

—Harélo así.

—Y en ello os seré merecedor de señalado obsequio.

Ya en esto habian llegado á la puerta.

—Adios, amigo marqués—dijo Antonio Perez estrechándole cordialmente la mano.

—Adios, mi querido señor Perez,—dijo el marqués contestando al saludo.

Y añadió entre dientes mientras el secretario se alejaba:—Mal rayo te parta!

Al salir Antonio Perez del pabellon en que moraba el de Poza, se dirigió en línea recta hácia un grupo de árboles que se estendian todo lo largo del edificio como una pared de ramas. Una sombra se destacó del tronco de una encina donde estaba apoyada, al adelantarse el secretario particular y ministro de Felipe II.

Esta sombra no dijo nada, pero el secretario comprendió su actitud interrogadora, así es que exclamó, como contestando á una pregunta:

—Estaba.

—Ah!—dijo solo la sombra.

—Estaba, lo apostaria, no me queda duda. Debe haber oido toda la conversacion tras el cortinaje que cubre la entrada del dormitorio.

El hombre negro dijo entonces con una voz sévera:

—Aguardaremos á que salga. Quiero preguntarle yo mismo....

—Es inutil; tengo yo otro plan de mejores resultados.

—Tú?

—Sí; que me ha ocurrido en la conversacion con el marqués.

—Pero es este su cómplice?

—Casi no me queda duda tampoco.

—Oh! nos veremos, nos veremos pues, señor encubridor!—dijo el hombre negro amenazando con el puño en direccion al edificio.

El secretario que afectaba un particular respeto y deferencia por el hombre negro, le dijo:

—Creo que lo mejor que por hoy podemos hacer es retirarnos y despedir á los hombres que han seguido al príncipe.

—Despídeles pues y retirémonos.

El secretario se internó en la arboleda, volviendo á los pocos momentos.

—Cuéntame tu plan ahora.

—Es infalible.

—Mejor.

—Vamos pues andando.

Y los dos se dirijeron hácia palacio hablando en voz baja. En el interin cualquiera observador que allí hubiese podido hallarse, hubiera visto salir del corazon de la arboleda varios hombres uno tras otro, pero con marcados intervalos, los cuales se retiraban y perdian en distintas direcciones.

II.

LA LLAVE DEL JARDIN.

Así que hubo salido del pabellon Antonio Perez, el marqués de Poza se volvió á su estancia y vió al príncipe que apartando con su mano derecha el cortinaje azul, asomaba un rostro escesivamente pálido y calenturiento. El marqués se sobresaltó.

—Qué es eso? qué teneis, príncipe mio?

Cárlos dejó caer tras sí el cortinaje y dando algunos pasos vacilantes por la estancia fué á dejarse caer mejor que á sentarse en un sillón. El de Poza repitió con inquietud la pregunta.

—Marqués, marqués— exclamó el príncipe con un acento particular — ese hombre que acaba de salir de aquí es una vívora. Todo lo temo yo de ese hombre.

Cárlos apoyó su codo en uno de los brazos del sillón y dejó caer su frente abrasada en la palma de su mano. Hubo un momento de solemne silencio. La ventana se habia vuelto á abrir impelida por el viento y este penetraba en la estancia á bocanadas despidiendo gemidos melancólicos y haciendo temblar la luz que brillaba encima la mesa.

El marqués, de pié ante el príncipe, no se atrevia á interrumpir aquella especie de melancólico recojimiento. Cárlos fué el primero en romper el silencio. Su voz parecia impregnada de sollozos; tanta tristeza encerraba y tanto dolor daba á comprender.

—Marqués, tú no sabes lo que hay aquí, ignorante como te hallas del secreto que guarda mi corazon, pero, te lo digo, ay! y te lo digo con toda la conviccion del hombre á quien el dolor le hace adivinar y preveer; yo estoy en manos de Antonio Perez y Antonio Perez me venderá como Judas vendió á Cristo!

—Príncipe mio....

—Sé lo que vas á decir, sí, no ignoro que hay aun corazones leales y que el tuyo es uno de ellos, pero sin embargo, yo soy solo, solo para luchar contra ese hombre que es el verdadero rey de España. No lo dudes, te lo repito, yo caeré á sus piés. Oh! y si aun no fuese mas que yo....

El príncipe se interrumpió. La emocion le embargaba la voz. Al poco rato, levantó su rostro surcado de lágrimas y dirigiéndose al de Poza le dijo con un acento de sentimentalismo tal que ninguna pluma seria capaz de pintar:

—Marqués, yo no tengo amigos, yo no tengo hermanos, yo no tengo á nadie en el mundo en quien poder depositar parte de los dolores que me abruman y que son para mis pobres hombros demasiada carga. Marqués, tú has sido mi compañero de infancia, y acaso hoy la Providencia me haya traído aquí para hacerte esta pregunta: marqués, dí, quieres ser mi amigo, quieres ser mi hermano?

—Señor....

—Dí, oh!... dímelo! Quieres?

—Príncipe mio, juro ser vuestro mas fiel y mas leal servidor.

—Oh! no, yo no necesito servidores, yo necesito solo hermanos. Dí, marqués de Poza, te atreves á cargar con todas las consecuencias de ser el amigo de un príncipe cuya amistad puede ocasionarte la muerte?

—Moriré cien veces con gusto, señor, por la honra de llamarme hermano vuestro.

—Pues entonces ven, ven á mis brazos; marqués — exclamó Cárlos abrazándole en medio de sus sollozos; — ven á mis brazos, digno y leal corazon, y no olvides que este abrazo de tu príncipe sella tu muerte, porque, ay! demasiado se apresurarán á separarte de mi lado cuando sepan nuestra fraternal union.

El príncipe y el marqués permanecieron largo tiempo abrazados y ambos rostros mostraban en sus lágrimas su emocion. Cuando se hubieron recobrado un instante, Cárlos dijo:

—Ahora, marqués, puesto que eres ya mi hermano, voy á abrirte